

LOS GIGANTES PATAGÓNICOS

Historia de una leyenda

Mónica Schillat

Para la imaginación europea, el Nuevo Mundo resultó una inagotable fuente de riquezas y sorpresas. América era el espacio en el que cabían todas las fantasías, donde la imaginación suplantaba a la realidad, y los sueños más febriles, al conocimiento. Animales y seres humanos conformaban una galería de monstruos. Los gigantes patagónicos fueron una creación de esos delirios, hasta que un metro de carpintero, traído aquí por el afán científico del siglo XVIII, redujo la talla de los patagones a su exacta medida. Al hacerlo, sepultó para siempre la leyenda de su gigantismo.

La conquista de América sedujo a los contemporáneos europeos por la posibilidad de enriquecerse de manera fácil. El oro fue, sin duda, lo más obvio para los soldados comunes y lo más importante para los caballeros endeudados. Sin embargo, no fue lo único que empujó la conquista.

La codicia de oro jamás hubiera podido provocar un movimiento tan colosal. Lo decisivo, lo que hizo perdurar la conquista, fue el impulso hacia la lejanía. La energía que la Edad Media había vivido hacia adentro tomó rumbo hacia afuera. Curiosidad, codicia de oro, fanatismo religioso y, sobre todo, la ansiedad de vivir aventuras, fueron las fuerzas que impulsaron hacia ultramar a los europeos de todos los estratos sociales.

Con ideas fantásticas y cartas poco exactas, se iniciaron grandes empresas. Los cronistas de la época, nutridos por los cuentos de los navegantes, divulgaron pronto noticias increíbles sobre sus protagonistas y lo hallado en el Nuevo Mundo.

Los viajeros del siglo XVI, fuertemente influidos por la época del Renacimiento, iniciaron sus expediciones a la espera de encontrar cosas maravillosas. Antonio Pigafetta, joven aristócrata italiano, quien acompañó a Fernando Magallanes en su viaje de relevamiento al Atlántico Sur, declaró con franqueza: "Supe que navegando por el Océano se veían cosas maravillosas y me determiné a asegurarme por mis propios ojos de la veracidad de todo lo que se contaba, para a mi vez, contar a otros mi viaje, tanto para entretenerlos como para serles útil y lograr al mismo tiempo hacerme un nombre que llegase a la posteridad".¹

Entre las cosas milagrosas ansiadas por los contemporáneos, se hallaron animales míticos, medicinas prodigiosas como el elixir de la vida eterna, plantas portentosas y otras maravillas que durante siglos los habían preocupado en tradiciones y leyendas. También creían en la existencia de seres monstruosos. Aparte de los *Monocoli* y los *Monopodos*, que contaban solamente con un ojo y con un pie, respectivamente, se encontraban los *Astomi*, que no tenían boca alguna y que, consecuentemente, debían alimentarse del aroma de ciertas frutas. Los *Acefali* no poseían cabeza, y llevaban su rostro en el pecho. Seres con cabezas de perro, los *Cynocéfali*, *Skiapodos*, y finalmente los pigmeos y gigantes.² La colección antigua de seres fabulosos de Gajus Julius Solenus, *De mirabilis mundi*, sirvió como fuente de inspiración durante toda la Edad Media a los enciclopedistas, cosmógrafos y cronistas. Entre todos estos se-



Indios patagones, según la descripción de Dom Permetty en Historie du voyage aux lies Malouines, 1770.

res imaginados se destacaron los gigantes, que lograron una fama extraordinaria en el mundo medieval. No sólo fueron conocidos por la leyenda, sino también a través de la misma Biblia. No nos tiene por qué sorprender entonces que los navegantes de aquella época, llenos de expectativas, enfrentando un mundo nuevo y misterioso, finalmente encontraran gigantes en las Indias, sólo porque los querían encontrar.

Es el joven Pigafetta quien describió el primer encuentro de europeos con los supuestos colosos de la ribera Norte del estrecho de Magallanes, que luego ganarían fama como patagones. Este aristócrata italiano describió los tehuelches de la bahía de San Julián en el año 1519 sin imaginarse jamás que sus observaciones serían luego comparadas con las de viajeros posteriores a él. Solamente así se explica su desmesurada exageración al describir la estatura de los autóctonos: "Un día, de pronto descubrimos a un hombre de gigantesca estatura el cual desnudo, sobre la ribera del puerto bailaba, cantaba y vertía polvo sobre su cabeza. Era tan alto él, que no le pasábamos de la cintura".³

Sucesores de Pigafetta, que viajaron por la misma ruta que éste, divulgaron testimonios llenos de contradicciones en favor y en contra acerca de la existencia de titanes en el sur de América. García de Loaysa encontró solamente algunas pisadas grandes sobre la costa patagónica.⁴ En el estrecho fueron avistados indios canocros y, no sabiendo que se trataba de otra etnia, se supuso que ellos también eran patagones. Esta confusión llevó a que los cronistas en Europa describieran a estos autóctonos, supuestamente *alacaluf* con un talle medio de 1,60 metro, erróneamente como gigantes.⁵

Simón de Alcazava fue quien observó autóctonos en el año 1534 cerca del río Ga-



Indios patagones, según una ilustración publicada en Viaje de Magallanes.

llegos, pero no logró acercarse lo suficiente como para poder juzgar la altura de los mismos.⁶ Luego su expedición también se encontró en el estrecho de Magallanes con los indios canoeros. En su relato no encontramos, sin embargo, mención alguna sobre una posible estatura extraordinaria de los aborígenes. Recién en el año 1559 un navegante francés confirmó las observaciones de Pigafetta. Jean Alfonse declaró haber visto en la Patagonia huellas de hombres gigantes que medían el doble que un europeo grande.⁷

Thomas Cavendish, en el año 1588 solamente había visto pisadas grandes. Sin embargo, Jacob le Maire y Wilhelm Schouten encontraron en el año 1615 por lo menos un esqueleto extraordinariamente largo. Tres años más tarde García de Nodal⁸ impugnó enérgicamente la existencia de gigantes en esa región, explicando que los patagones medían solamente una cabeza más que los españoles. Esta opinión fue compartida por sir John Narborough, quien viajó en 1670 por aquel meridiano.⁹ Narborough, que había buscado amparo en la bahía de San Julián, hizo una minuciosa descripción de los aborígenes. Sometido a un clima cada vez más riguroso, permaneció con su tripulación bajo la mirada de los indígenas que, recelosos y distantes, contemplaban sus miserias. En su deseo de ganarse la voluntad de los tehuelches, llegó a improvisar inclusive un baile con su segundo, al que se agregaron los demás. Sólo obtuvo como resultado la mirada indiferente de los patagones, que quizá pensaban que ellos lo hacían mejor.

Sus compatriotas, John Bulkley y John Cummins, describieron correctamente el talle de los autóctonos entre 5 y 6 pies.¹⁰

Comparando las distintas medidas de la estatura de los patagones durante tres siglos, se puede observar que había enormes diferencias entre las descripciones de los distintos viajeros. Entre 5 y 11,5 pies se halla cualquier medida posible. Si bien esto nos demuestra que las observaciones etnográficas eran de un carácter subjetivo, igualmente debe aclararse que el valor documental de dichas medidas es limitado, dado que antes de la introducción del sistema métrico en Europa existían, por ejemplo, en Alemania, más de cien distintas medidas del pie, variando entre 25 centímetros y 35 centímetros de largo. Lo mismo sucedió en Francia e Inglaterra. El *foot* inglés sólo desde hace muy poco fue fijado en un valor de 30,48 centímetros. Agravante es no sólo que no se pueda saber con qué tipo de pie realizaron las mediciones, sino que tampoco existiera control sobre la exactitud de las traducciones de los relatos de los viajeros. Sin embargo, prueban las medidas que la

imagen de los tehuelches siguió acercándose más y más a la realidad con el transcurso de los siglos. Mientras que los primeros relatos de viajes nos proporcionan más información sobre los europeos mismos, sus sueños, miedos y expectativas, que sobre los autóctonos americanos, el empirismo del Barroco llevó a mediciones más realistas. Las Américas ya no se percibían solamente con los ojos. El capitán Wallis llevó un metro de carpintero a la Patagonia para poder verificar el talle de los supuestos gigantes, y llegó a la conclusión de que medían 1,82 metro promedio.¹¹



Animal que, según el padre Louis Feuillée, fue visto en Buenos Aires el 26 de agosto de 1708.

Interés por lo exótico y apetito por la riqueza

Con la más fuerte expansión de los europeos hasta ese momento, en regiones desconocidas e inaccesibles comenzó una actividad de recolección que se extendió a los más diversos territorios. En apoyo a las ideas de la analogía del macro y del microconsumo, tanto príncipes como sabios realizaron colecciones. Éstas se colocaban en un espacio que representaba el "Gran Mundo". Perteneían a ellos "Colecciones" que representaban etnias no europeas. La curiosidad europea no tenía límites, abarcaba de la misma manera a todo lo raro o lo extravagante, fuera humano o animal: los objetos expuestos fueron todo tipo de monstruosidades.

En el transcurso del siglo XVIII se comenzó con la búsqueda de esqueletos exóticos. El anatomista Peter Camper fue uno de los primeros que realizó un estudio sistemático de la anatomía comparada de la fisonomía de razas. Anatomía y estética, como también la historia del origen de la humanidad, iban de la mano.¹¹

Pero aunque mediciones exactas probaron que los tehuelches no eran nada más que hombres grandes, la leyenda de los gigantes patagones experimentó un nuevo esplendor en el siglo XVIII.

El interés prolongado por los colosos de América del Sur había traído consigo expediciones europeas a la Patagonia y a la Tierra del Fuego, que a su vez aumentaron los conocimientos generales sobre esta remota región, despertando así el interés internacional en la explotación de mamíferos marinos. Al mismo tiempo, se inició la búsqueda francesa e inglesa de puntos de apoyo en esta zona. Después de la guerra de los Siete Años cambió el panorama de las Américas. Inglaterra había triunfado sobre España en los últimos meses de la guerra. En Canadá había derrotado definitivamente a los franceses, aliados de España; ocupó la Luisiana Oriental, la Florida y las islas de Tobago, Granada y Granadina, entregadas a su soberanía; atacó y rindió a La Habana, que luego devolvió, simbolizando este hecho la debilidad del poder español en el Caribe. La seguridad de sus triunfos indicó nuevos rumbos, que apuntaban al Atlántico Sur y al Pacífico, a las costas de Buenos Aires, la Patagonia y el litoral chileno y peruano, comenzando a eslabonarse desde entonces una serie de empresas amenazadoras para la corona española.

La campaña de lord Anson en el Pacífico había sido ya una advertencia. Las posteriores expediciones de Byron, Wallis

y Carteret y Cook acentuaron el interés británico por las costas australes y la ruta hacia el Pacífico, que finalmente llevó a la ocupación transitoria de las islas Malvinas y a continuas incursiones de balleneros ingleses en los mares patagónicos. Paralelamente al avance británico, los franceses buscaron en el Atlántico Sur una recompensa para sus pérdidas en América del Norte. Antoine de Bougainville tomó las islas Malvinas en 1765 para el gobierno francés, y empezó a poblarlas con colonos franceses que habían sido expulsados del Canadá. En el mismo año, el navegante inglés John Byron también tomó posesión del archipiélago para la corona inglesa, ignorando la ocupación francesa de la isla Soledad.

Solamente en este contexto se entiende por qué John Byron hizo revivir la vieja leyenda de los gigantes patagones pese a que sus compatriotas Bulkley y Cummins en 1741 ya habían divulgado que no había gigantes en el estrecho de Magallanes. Byron pretendió lo contrario, y eclipsó a sus predecesores con una descripción espantosa. En una carta al conde Egmont comentó su encuentro con los tehuelches al norte del cabo Virgenes: "El más corpulento de mis granaderos no parecía nada al lado de ellos [...] nuestros hombres a bordo, los cuales nos estaban vigilando con sus catalejos, dijeron luego que nosotros



En la expedición de Caboto al Río de la Plata, Alonso de Santa Cruz creyó ver una sirena.

parecíamos enanos entre esa gente [los tehuelches], creo que esa gente se asemeja a gigantes más que cualquier otro pueblo del mundo".¹³

Como el gobierno inglés no podía saber que Bougainville ya había tomado las islas Malvinas para Francia, trató de ocultar a sus vecinos sus verdaderas intenciones en el Atlántico Sur. No solamente guardaron silencio sobre sus propósitos durante el viaje de Byron,¹⁴ sino que también los ocultaron cuando ya había regresado con la noticia de la ocupación exitosa de las islas para la corona inglesa, el público no recibió ninguna información. Esta retención de datos y el largo silencio que guardó la tripulación en conjunto con la forma abrupta en que se produjo, recién un año después, la divulgación de las noticias excitantes sobre la existencia de los colosos en la Patagonia, fecha que coincide con la próxima expedición inglesa al Atlántico Sur (Wallis y Carteret 1766-1769) coincide con esa suposición. Cuando la tripulación de Byron finalmente rompió su silencio lo hizo en forma escrita, mandando una carta dirigida a la Royal Society.¹⁵ La academia científica real los hizo publicar sin comentario alguno.¹⁶

Esa publicación sensacional causó una ola de discusión científica a lo largo de toda Europa. Nuevamente aparecieron los grabados en madera de los gigantes patagones. En esa época ya quedaban solamente unos pocos defensores de la leyenda. De ellos, los más destacados y reconocidos no se encontraban en Inglaterra, sino justo en Francia.¹⁷ Lo cual prueba una vez más que el intento de dejar revivir ese viejo mito se dirigía a los franceses con el fin de engañarlos sobre las intenciones verdaderas de los viajes que iban a seguir al de Byron.

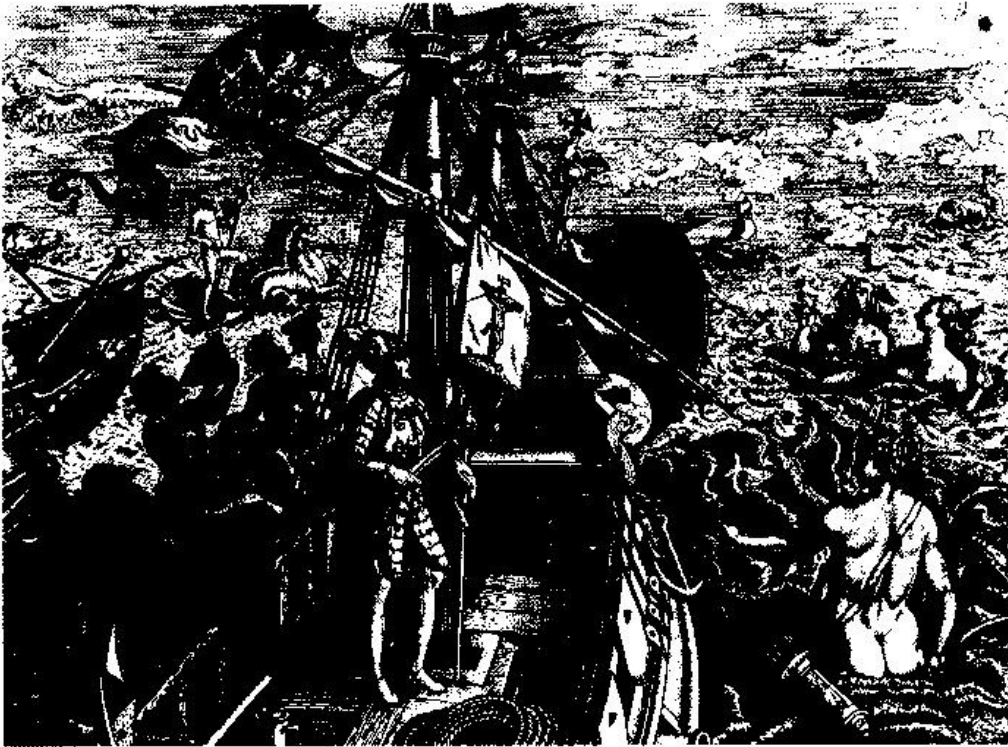
De hecho, era muy corriente en el año 1767 suponer que el Almirantazgo inglés mandara las siguientes expediciones para poder seguir observando a los gigantes. Empero, no se halló ninguna orden al respecto en las instrucciones que Wallis y Carteret recibieron del primer lord del Almirantazgo, conde de Egmont, en 1766.¹⁸

En efecto, trajeron datos bastante pobres y desilusionantes sobre los aborígenes de la Patagonia que acabaron de una vez y para siempre con la vieja leyenda: "Gente muy corpulenta, pocos de ellos medían menos que seis pies siete pulgadas [...] porque llevé un metro de carpintero conmigo y medí más que veinte de ellos".¹⁹

Mientras tanto, el barco de suministro de esa expedición, el *Prince Frederik*, tenía la orden de anclar en Port Egmont y permanecer allí esperando nuevas órdenes.²⁰

Los viajes de James Cook entre los años 1768 y 1779 terminaron ese primer ciclo de misiones científicas inglesas en el hemisferio Sur. Cook había recibido órdenes adicionales secretas que lo obligaban a buscar el continente, hasta entonces desconocido, la *Terra Australis*. En el caso de no poder encontrarla, su misión consistía en explorar la costa de Nueva Zelanda y ocupar cada isla que todavía no fuese poblada por europeos.²¹ El segundo viaje del capitán Cook dio como resultado que la *Terra Australis* de las leyendas no existía. Siguiendo las órdenes del Almirantazgo de circunnavegar las latitudes extremas del hemisferio Sur, Cook había incursionado ya varias veces en el círculo antártico. Su viaje de 1774 llegó hasta los 71°10' de latitud sur. Su búsqueda, tan metódica como decepcionante, comprobó que no había ningún subcontinente habitable en esas latitudes.

Dadas estas circunstancias, el interés británico se concentró otra vez en la posible ocupación de Tierra del Fuego y la fortificación de las islas Malvinas, ya ocupadas. Al mismo tiempo, se hicieron obsoletas las observaciones sobre la talla de los autóctonos patagónicos, dado que la discusión sobre si eran o no gigantes de verdad ya no brindaba ninguna ventaja. Así entonces el mundo se olvidó de los tehuelches. ▲



El viaje de Cristóbal Colón, según Theodore De Bry.

Notas

1. Antonio Pigafetta, *Primer viaje en torno del globo*, Buenos Aires, 1954; tomado de la introducción de Pigafetta.
2. Frauke Gewecke, *Wie die neue Welt in die alte kam*, Stuttgart, 1986, p. 63.
3. Antonio Pigafetta, op. cit., p. 26.
4. John Callender, *Terra Australis cognita or voyages to the Terra Australis*, T. 1, Amsterdam, 1967, p. 113.
5. Íd.
6. Íd., p. 125.
7. Jean Alfonse, *Les voyages aventureux du capitaine Ian Alfonse Sainctongeois*. París, 1559, p. 60: "Les gens son grands comme géants et y a été vu un homme plus grand deux fois que le plus grand de toute l'Europe, et a été trouvé en terre son pas, et était plus grand que deux pieds des notres et cut bien chaussé souliers de vingt-quatre points".
8. Bartolomé y Gonzalo García Nodal, *Relación del viaje, que por orden de su Magd. y acuerdo del Real Consejo de Indias, hizieron los capitanes Bartolomé García Nodal y Goncalo de Nodal hermanos, naturales de Pontevedra, al descubrimiento del Estrecho de Magallanes*, Madrid, 1621.
9. G. Corizza de Kemper: A. Doval, "La fracasada ocupación de Puerto Deseado en 1670", en *Conflictos en el Atlántico Sur - siglos XVII-XX*, Buenos Aires, 1988, p. 33. Helen Wallis, "The Patagonian Giants", en R. E. Gallagher (ed.), *Byron's Journal of his circumnavigation 1764-1766*, Cambridge, 1964, pp. 185 y 186.
10. Jean Paul Duviols, *L'Amérique espagnole vue et rêvée - les livres de voyages de Christophe Colomb à Bougainville 1492-1768*, París, 1985, p. 32.
11. Urs Bitterli, *Die "Wilden" und die "Zivilisierten"*, Munich, 1976, p. 32.
12. Stefan Goldmann, "Wilde in Europa - Aspekte und Orte ihrer Zurschaustellung", en Thomas Theye (ed.), *Wir und die Wilden*, Hamburgo, 1985, pp. 247 y 248.
13. Traducción de la autora. La carta de John Byron al conde Egmont fue mandada con el barco de suministro *Florida* el 24 de febrero de 1765. Editada en R. E. Gallagher (ed.), op. cit., p. 155: "The stoutest of our Grenadiera would appear nothing, to them [...] Our People on Board, who were looking at us thro their glasses, said we looked like meer Dwarfs to the People we were gone amongst [...] People, who in size come thencarest to Giants of any People I believe in the World".
14. El relato de un oficial, participante del viaje de Byron 1764-65, muestra claramente que éste ignoraba por completo la orden de ocupar las Malvinas: "Hasta el 13 de enero no había nada especial. Ese día descubrimos tierra, y nos parecía que se trataba de un grupo de islas, una cerca de la otra. [El oficial habla de las islas Malvinas.]", traducción de la autora según Johann B. Mezler (ed.), *John Byron's Reise um die Welt in den Jahren 1764-1765*, Frankfurt/Leipzig, 1768, p. 52. Texto en el original: "Bis den 13. Januarius hatten wir nichts veränderliches. An diesem Tage aber entdeckten wir Land, und es schien uns, als wenn solches aus verschiedenen nabe bey einander Inseln bestünde".

15. Charles Clerke mandó su relato del viaje sobre el encuentro con los gigantes el 3 de noviembre de 1766 al doctor Maty, director de la Academia de Ciencias, la Royal Society.
16. La Royal Society publicó el relato pocos meses después en *Philosophical Transactions*, T. 57, Londres, 1767, pp. 75-79.
17. Así lo demuestran las obras de George Louis Leclerc Buffon, Pierre Louis Moreau de Maupertuis y Charles de Brosses.
18. *Public Record Office, Almirantazgo 2/1332*, pp. 146-152, según H. Wallis, *Carteret's Voyage round the World 1766-1769*, Cambridge, 1965, pp. 302-306.
19. *Íd.*, p. 193. Traducción de la autora. Original: "A very stout People, few of them if any under six feet seven inches - for I took a measure in shoar with me, and measured more than thenty".
20. *Public Record Office, Almirantazgo 2/1332*, p. 152, según H. Wallis, *Carteret's Voyage*, op. cit., p. 306.
21. John Cawte Beaglehole (ed)., *The Journals of Captain James Cook on his Voyages of Discovery*, T. 1, "The Voyages of de Endeavour 1768-1771", Cambridge, 1955, pp. 279-281.